

LIBRERÍA GRAÑÉN PORRÚA EN OAXACA

XX ANIVERSARIO

María Isabel Grañén Porrúa

*Imposible imaginar mi vida sin libros.
Ellos, mi refugio y mi sangre.
Libros, libros, libros.*

Era un libro ya escrito, todavía con páginas en blanco. Así era la memoria de la Librería Grañén Porrúa. Llevaba 27 años de existencia cuando llegó a mis manos, la recibí como herencia de mi padre, Manuel Grañén Moré. En su recuerdo escribo estas letras.

Mi padre era bonachón y cariñoso con sus hijos. Español de cepa, añoraba su tierra, pero hizo de México su país. Aquí pasó más de la mitad de su vida e hizo raíz, nacieron sus tres retoños: María Eugenia, Manuel y María Isabel. La vida de mi padre fue la Librería Grañén Porrúa, ubicada en el Paseo de la Reforma, 250, Local H. Estaba dedicada a la venta de libros de arte, literatura y tenía un sección especial para los bibliófilos taurinos.

Mi papá solía llevar a sus hijos a “trabajar” a su librería. Más bien nos hacía sentir importantes porque quería que lo acompañáramos. En mis primeros años, acomodaba colecciones completas por orden numérico y, cuando aprendí a leer, por orden alfabético. Otras veces, organizaba notas, escalaba libros en la bodega, y salía a pasear en el carrito de libros que Manuel, mi hermano, empujaba. Pasé horas y horas disfrutando imágenes, leía comics, la vida de Walt Disney, *Las mil y una noches*, *Tintín*, *El conejito blanco* y tantos otros... Me encantaba hojear libros con obras de artistas que seguramente despertaron mi futura vocación de historiadora del arte. Y lo más importante es que mi padre inculcó en mí su empeño, honradez y su tenacidad en el trabajo. Él, como yo, amaba su oficio.

Ya con su pelo cano, se sentaba en su escritorio y, cuando llegaba algún cliente, se levantaba a saludarlo para comentarle las novedades y los temas de interés. Era una negocio cálido, personal, de los que ahora escasean. La muerte sorprendió a mi padre levantándose para ir a trabajar. A mí también me dejó pasmada. Heredé su librería, y la pregunta que rondaba en mi cabeza era: “¿Qué haré con la librería si yo vivo muy feliz en Oaxaca?”. Pero Alfredo Harp Helú, el amor de mi vida, hizo realidad un sueño más ni siquiera soñado. Un buen día me dijo: “Ya compré una casa para que traigas tu librería a Oaxaca”. Así que empezamos a restaurar ese bellissimo inmueble que hoy es una casa de los oaxaqueños, gracias al apoyo del arquitecto Daniel López Salgado.

La Librería Grañén Porrúa fue muy bien recibida en la ciudad. Doña Arcelia Yañiz y don Andrés Henestrosa



expresaron su alegría porque Oaxaca contaba ahora con otra tienda para los libros. Francisco Toledo entraba a la Librería como parte de su recorrido cotidiano, y, en ese momento, se detenía el mundo: el maestro admiraba los libros y elegía a su gusto. Fue nuestro cliente más fiel. Inolvidables las comidas de los jueves, cobijados por el calor de la Chatita. Los viernes de Dolores han sido una tradición con sus hermosos altares; las exposiciones, conferencias, lecturas de poesía y presentaciones de libros han sido un polo de atracción. Jamás olvidaré los altares de muertos que cada año montaban mis hijos y sus amigos en medio de juegos y sonrisas; los carteles realizados con tanto cariño para nuestros aniversarios salidos del Taller Martín Pescador; el logotipo diseñado por Bernardo Recamier; el tradicional nacimiento, realizado en Ocotlán con figuras de personajes tan queridos como el maestro Rodolfo Morales, don Luis Castañeda o la inolvidable Gloria Larumbe; las fiestas de aniversario con cuentacuentos, música y descuentos; la sala infantil llena de historias para contar; escritores o lectores apasionados que diario pisan nuestra casa... Hay tantos momentos felices, tantas emociones... Y todavía vamos por más.

Y, mientras concebíamos este sueño para Oaxaca, dentro de mí se gestaba una de las mayores glorias de mi vida: estaba embarazada de mi hijo Santiago. Nueve años después, la vida y el amor de Alfredo nos premió con la llegada de María Isabel que, hasta ahora, ha mostrado una inclinación especial hacia las letras y los libros. La Librería Grañén Porrúa en Oaxaca crece tanto como mis hijos, es algo que no se mide en centímetros, sino únicamente con amor, ellos también son libros abiertos con muchas hojas por escribirse. Comparto el propio anhelo de Jorge Luis Borges: “No sé si hay otra vida. Si hay otra, deseo que me esperen en su recinto los libros que he leído bajo la luna con las mismas cubiertas y las mismas ilustraciones, quizá con las mismas erratas, y los que me depara aún el futuro”.

LIBRERÍA GRAÑÉN PORRÚA

RESEÑA

Efraín Velasco

Lumbreras, Ernesto. *La mano siniestra de José Clemente Orozco* (derivaciones, trasbordos y fugas). Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma de Sinaloa y El Colegio de Sinaloa, México, 2015.



A principios del siglo XX –y casi durante medio siglo–, el historiador de arte Erwin Panofsky intentó desentrañar los estadios del renacimiento alemán en la persona y en el arte de su coterráneo Alberto Dürero. Por ejemplo, para el que fuera catedrático de arte en la Universidad de Hamburgo antes del nazismo, el grabado *Melancolía I*, lleva desde el título una carga simbólica que va en estrecha relación con la biografía del grabador y pintor germano. Algunos años después, el historiador vienés Ernest Gombrich encontrará paralelismos en la vida de los dos alemanes. Al desmontar el discurso teórico, dará cuenta de que, vistas a contraluz, las aficciones atribuidas al maestro renacentista son variaciones generales de lo que el mismo Panofsky padeció durante su exilio en la posguerra. Bajo ese enfoque, uno detrás de otro, Dürero, Panofsky y seguramente también Gombrich, se podrían figurar como una matrioska de espejos. Escribir en torno a la personalidad de un artista es un ejercicio muy parecido al de bosquejar un autorretrato.

Traigo esto a cuento por una línea casi perdida en los primeros capítulos del libro *La mano siniestra de José Clemente Orozco*, del escritor jalisciense Ernesto Lumbreras, galardonado en la 12ª edición del Premio Internacional de Ensayo convocado en conjunto por la Universidad Autónoma de Sinaloa, El Colegio de Sinaloa y Siglo XXI Editores. Cito la línea descubierta: “[...] respecto a las manos de la madre del artista [en este punto el autor escribe

acerca del retrato que José Clemente Orozco le hizo a su madre en 1921], me asaltan impresiones que ratifican la tesis de que en un retrato encontramos, casi siempre, variados elementos y referencias del pintor además de los ofrecidos por su modelo”.

Todo cuerpo textual mantiene en él las indicaciones con las cuales se puede descifrar. Así, con estas coordenadas reveladas por Lumbreras y trasladando apenas el territorio del objeto de estudio, de la pintura a la literatura, es posible poner sobre la mesa lo siguiente: qué encontramos de Ernesto Lumbreras en José Clemente Orozco, o mejor dicho, qué nos revela este libro que también nos sea propio.

Para hacer justicia a esta tesis, establezco dos de los puntos que me atraerán más del libro. El principal, la estructura. El complejo que plantea *La mano siniestra de José Clemente Orozco* está compuesto por una acumulación de viñetas de cortísimo aliento, que aunque se aprecian circulares a primera vista, al pasar las páginas descuellan aristas que eventualmente se acoplan. Este volumen está formado de tres libros y una multitud de fragmentos. El libro que menos tiene es el primero y lo componen trece piezas. Además del prólogo, un *post scriptum*, una cronología y la bibliografía esencial para conocer la obra de Orozco.

En el primer fragmento el autor informa que lo que plantea hacer es construir un edificio trunco. Los fragmentos nones componen la biografía de Orozco, los fragmentos pares apuntan como francotiradores a blancos fuera del edificio. De ahí en adelante el libro se abre en un caleidoscopio de cuentas brillantes que crean ante nosotros las formaciones más vistosas. El autor acota el tiempo relativo del libro entre el 23 de noviembre de 1883 y el 7 de septiembre de 1949 –que son las fechas en las que transcurre la vida del muralista–, y vemos cómo confluyen las piezas de un universo, la formación neuronal, mancos famosos, el lenguaje, manos fantasmas, cartas, entrevistas, referencias cruzadas, erotismo, autoerotismo, suposiciones, formas, fuegos de artificio, piratas, metralla, pianistas, prostitutas, bailarinas, Nue-

va York, Orizaba, Monte Albán, Zapotlán, Roma, París, Indiana, Chicago, total que movemos el ojo en el interior del tubo y descubrimos una galaxia de puntos de partida, de llegada y de fuga. La posibilidad que ofrece esta estructura tramada en pequeñas viñetas y la revelación de sus ligaduras, hace del recorrido trastocado un deleite.

Con *La mano siniestra de José Clemente Orozco*, la diestra mano de Lumbreras toma como pretexto una biografía, no cualquiera, la del autor del portentoso *Hombre en llamas*, y construye una antorcha para iluminar los rincones de la casa de los espejos.

DEPORTES

CINTO VERDE Y ORO PARA ALFREDO HARP HELÚ

Fernando Lobo



El pasado 21 de octubre, el Consejo Mundial de Boxeo otorgó a Alfredo Harp Helú el prestigioso Cinto Verde y Oro, con el que se le reconoce como “campeón del altruismo”, por sus diversas acciones en favor del deporte y de la sociedad mexicana en general.

Mauricio Sulaimán, presidente del CMB, entregó personalmente el cinturón durante la Convención Anual número 57 del Consejo, realizada en el Hotel Grand Oasis de Cancún, Quintana Roo.

En la ceremonia, Alfredo Harp, propietario de los Diablos Rojos del México y de los Guerreros de Oaxaca, agradeció el reconocimiento y comentó: “Siempre he practicado algún deporte. Cuando era adolescente me puse los guantes y aprendí que éste es un gran y noble deporte. Además de ser de los deportes más antiguos de la humanidad”.

El empresario agregó que el reconocimiento lo compromete a seguir trabajando por el bien del deporte mexicano, y ejemplificó: “Hemos impulsado diversas disciplinas deportivas, tanto en el ámbito amateur como el profesional. Hemos instalado cientos de gimnasios al aire libre para que cualquier persona que lo desee pueda ejercitarse”.

El cinturón es un ícono del boxeo, y lo han portado los más grandes campeones con Ali, Tyson y Leonard, entre otros. En esta versión aparecen los retratos del legendario púgil Mohamed Ali y el fundador del CMB, José Sulaimán, más los logotipos de los equipos de beisbol Diablos y Guerreros.